



ANA MERINO

EL OFICIO DE ESCRITOR

La autora, poeta y estudiosa del cómic, hija del narrador José María Merino, nos regala una visión del oficio del escritor desde su peculiar infancia.

Mi padre siempre ha sido un creador de ficciones, y cuando yo era una niña casi tan diminuta como un alfiler pensaba que el oficio de escritor estaba relacionado muy de cerca con la magia. Los Reyes nos habían traído a mi hermana y a mí una caja llena de trucos para jóvenes magos en la que había un par de varitas mágicas, una baraja de cartas con cuatro reinas de corazones, tres copas de plástico, cinco pelotas de colores, dos grandes trapos rojos de raso y seis monedas de una misma cara. Pero mi padre, que siempre nos contaba historias fantásticas, no usaba nada de aquello para construir sus ficciones y hacernos creer lo imposible. Sin embargo yo estaba convencida de que en su despacho planeaba todos aquellos trucos del lenguaje, con instrumentos parecidos a los que nos habían traído su majestades los Reyes Magos de Oriente. Yo pensaba que todos aquellos cuentos que con tanto cuidado nos narraba tenían que estar metidos en algún sombrero de copa, o dentro de una varita más elaborada que las nuestras de juguete. Por eso a veces yo revolvía en sus cajones del escritorio buscando aquella varita mágica que me diese la clave de todas sus historias. Pero sólo encontraba bolígrafos y lápices desvencijados y par de cajitas con plumas estilográficas que al tocarlas le pringaban a uno los dedos. -Estos no pueden ser los instrumentos de un mago-, pensaba yo, -¿dónde está la bola de cristal?, ¿dónde están las palomas blancas que se convierten en conejos?-.

Encima de la mesa mi padre sólo tenía montañitas de cuadernillos de cuadros con espiral llenos de garabatos, y a un lado, sobre una mesita metálica de ruedas, una máquina de escribir *Olivetti* que cubría con una funda de plástico gris. Por las noches me dormía escuchando a aquella máquina teclear hasta el infinito. Yo pensaba que la magia no podía ser tan monótona y ruidosa, y que probablemente mi padre estaba terminando algún trabajo atrasado de la oficina. Me compadecía mucho de él porque todas las noches era esclavo de aquella máquina de letras, números y signos raros.

Un día me di por vencida y dejé de buscar en su despacho, pensé que tal vez mi padre era un mago moderno que no necesitaba toda esa parafernalia de los magos del circo. Tal vez el gato que teníamos en casa antes había sido conejo y mucho antes paloma. Además me di cuenta de que mi padre pasaba mucho tiempo en la cocina y siempre estaba con una cuchara de madera en la mano preparando deliciosos guisos. Por otra parte, en uno de los armarios de la cocina guardaba numerosos frasquitos con condimentos rarísimos. Cada vez que cocinaba soltaba divertidos exabruptos que parecían fórmulas mágicas que garantizaban un plato en su punto. Durante la sobremesa contaba sus historias, y comíamos fresas con leche. En el fregadero todos los días quedaba a remojo entre los platos y los vasos sucios su varita de madera con la que había dado vueltas a las costillas con patatas, a las setas con ajos, al arroz de la paella y a un sinfín de platos más que sus manos transformaban en deliciosos manjares. Mi padre era un gran mago, y yo una niña atolondrada que creía que el oficio de escritor consistía en cocinar bien.

Ana Merino (Madrid, 1971) es Doctora en Estudios Culturales por la Universidad de Pittsburg y Licenciada en Historia por la Autónoma de Madrid. Tras su paso por la Appalachian State University, actualmente enseña en el Dartmouth College. Es autora de *El cómic hispánico* (2003). Recibió el premio Adonais por *Preparativos para un viaje* (1995) y ha publicado tres poemarios más: *Los días gemelos* (1997), *La voz de los relojes* (2000) y *Juego de niños* (2003), Premio Fray Luis de León. Por segunda vez nos regala un inédito suyo, con ese roce delicado con el que sabe rescatar la magia de la infancia.